tisfecho de haber contribuído á la felicidad de dos seres que se aman.

Hecha la reconstrucción, que conceda mi comunicante á su adorado un plazo improrrogable de noventa días, con objeto de que se habitúe al uso de sus nuevas adquisiciones, y si en ese término Breckinridge no se deja los sesos en alguna parte, que se casen benditos de Dios.

Así, pues, apreciabilísima señorita, si su prometido cede aún á esa su tentación extraña de fracturarse algo cada vez que encuentra oportunidad favorable, su próxima experiencia le será seguramente fatal, y en tal caso quedará usted tranquila para siempre. Suponiendo que se hayan ustedes casado al ocurrir la catástrofe, heredará usted por derecho propio las piernas, los brazos y otras menudencias del difunto. Entonces, en realidad, sólo perdería usted el último trozo viviente de un marido honrado y desgraciadísimo que dedicó su vida á satisfacer incomprensibles instintos de destrucción. Intente usted la prueba, señorita. He meditado el asunto, y crea usted quo es la única solución razonable. Claro es que Caruthers hubiera procedido cuerdamente empezando por estrellarse los sesos. Pero, puesto que ha elegido otro sistema queriendo, sin duda, prolongarse todo lo posible, no tenemos derecho á mezclarnos en cuestiones intimas. Saque usted el mejor partido de las circunstancias y piense que quizá está la felicidad conyugal en que uno de los consortes se encuentre como Breckinridge.

## EL VENDEDOR DE ECOS

M<sub>E</sub> inspiró interés y simpatía, desde el primer instante, aquel hombre desconocido. En su actitud humilde, su mirada sin brillo y sus harapos con pretensiones de elegancia, existía algo misterioso que vino á despertar el último germen de piedad escondido en las vastas soledades de mi corazón. Al contemplarle con más detenimiento, vi que llevaba una enorme cartera bajo el brazo.

En seguida me dije: «Tienes que habértelas con un comisionista. Dios tenga piedad de tí.»

Crucé mis piernas con filosofica resignación, le indiqué una silla y me dispuse á escuchar. He aquí lo que dijo:

«Caballero: perdí á mis padres cuando aún era un niño. Mi tío Ithuriel me llevó á sa lado considerándome como á un hijo. El era mi único parienteen el mundo, y además, bueno, rico y generoso en demasía. Crecí en el lujo y abundancia. No tuve deseo que no viera satisfecho inmediatamente. Concluí mi carrera, y con objeto de ver tierras, marché al extranjero acompañado de un mayordomo y dos sirvientes. Durante cuatro años mariposeé en los jardines maravillosos de lejanas playas, si permite usted el empleo de ciertas perífrasis á un hombre cuyo lenguaje siempre estuvo inspirado por la poesía. Hágolo, pues, en la seguridad de que también usted tiene algo de poeta. Se lo conozco en los ojos... Resplandece en ellos la chispa divina...

Pues bien: en esos países apartados, saboreé la deliciosa ambrosía que fecunda el alma, el pensamiento, el corazón. Más, lo que satisfizo de preferencia mis inclinacienes hacia lo bello, fué la costumbre, muy general entre las personas ricas del viejo mundo, de coleccionar curiosidades elegantes, nimiedades encantadoras. Di cuenta de estas observaciones á mi tío Ithuriel...; Maldita la hora en que se me ocurrió tan fatal pensamiento!

En una de mis cartas le hablé de un caballero londinense poseedor de maravillosa colección de caracoles marinos; en otra, de cierta estupenda colección de pipas de espuma de mar.

Le conté que un gentleman había logrado reunir una colección de manuscritos indescifrables; que había recreado mis ojos en la mejor colección de jarrones chinos existente; que un amigo mío guardaba como oro en paño todos los sellos usados que caían á su alcance, y que la colección valía ya una fortuna. Y así sucesivamente. Mis noticias dieron

pronto sus frutos, El opulento Ithuriel se hizo coleccionista; pero no un coleccionista pacífico, sino un buscador furibundo de todo lo coleccionable. Empezó por descuidar su negocio de compra-venta de cerdos; luego se retiró por completo del comercio, para poder dedicarse sin tregua á la caza de objetos curiosos. Su fortuna inmensa le permitia no pararse en barras. Su primera coleccion fué de cencerros, y por cierto, sin rival en las cinco partes del mundo. Ocupaba cinco salones, comprendiendo las diferentes clases do cencerros usados desde la Edad del bronce hasta nuestros días. La colección tenía un defecto: que faltaba para completarla un cencerro prehistórico importantísimo. Este picaro cencerro estaba en poder de un archimillonario neoyorquino. Mi tío ofreció sumas enormes por adquirirlo, pero fué inútil. Ya sabe usted la consecuencia necesaria. El coleccionista de pura sangre no concede importancia á una colección incompleta. Aunque su corazón salte en pedazos, vende su tesoro, y pone el pensamiento en otro campo de exploraciones que se encuentre todavía virgen.

Eso fué lo que hizo mi tío. Intentó formar colección de ladrillos históricos. Después de haber amontonado una cantidad inmensa de ellos (todos à cual más interesantes), se encontró con que un contratista inmensamente rico poseía el único ladrillo que faltaba á la valiosa colección de cascotes.

Lejos de desalentarse Ithuriel, dedicó sus millones á reunir hachas de pedernal y otros objetos de las primeras edades del hombre. Pero incidentalmente descubrió que una fábrica proveía á otros coleccionistas de cachivaches antidiluvianos; y en tan buenas condiciones económicas, que era estúpido el adquirirlos legítimos.

Buscó entonces, gastando centenares de miles de dollars, inscripciones aztecas y ballenas disecadas. Cuando ya creía su colección completa, llegó ó los Estados Unidos un ballenato rarísimo de los mares de Groelandia, y una inscripción azteca del Condurado en la América Central. No hay que decirque ambas curiosidades anulaban en absoluto la colección de mi tío. Este llevó á cabo enormes sacrificios pecuniarios para conquistar las dos maravillas. Pudo conseguir la ballena; en cambio se le escapó la inscripción, que fué á parar á un Museo. El infeliz Ithuriel vendió sus ya insignificantes colecciones y se abandonó á la más negra de las misantropías. En una sola noche, su negra cabellera emblanqueció hasta rivalizar con las cumbres de los Andes.

Pero Ithuriel era tozudo. Cuando salió de sus meditaciones fué para intentar una nueva experiencia. Y lo que decidió fué coleccionar algo que no hubiera sido coleccionado nunca... Algo nuevo y sorprendente, que dejase pasmada á la humanidad. Mi tío se hizo coleccionista de ecos.

Su primera compra fué un eco de Georgia que repetía cuatro veces. Luego adquirió un eco séxtuple, existente en el Maryland. En seguida, un eco del Tennesse, estupendo verdaderamente,..; Calcule usted! Daba trece golpes... A pesar de su mérito extraordinario, lo compró baratísimo, porque necesitaba algunas reparaciones. Habíase venido abajo parte de la róca que reflejaba el sonido. Creyó mi tío que la compostura no le costaria más de 50.000 dollars, y que aún era fácil conseguir, elevando algunos metros la montaña, que el eco repitiese tres veces más. Tuvo el pobre una decepción, porque el arquitecto encargado de los trabajos, ignorando sin duda las precauciones que exige la reparación de un eco, llegó á hacerle callar para siempre. Antes de caer el eco en manos de la ciencia hablaba más que una comadre; luego, sólo fué ya bueno para asilo de sordo-mudos.

Muy bien. El insigne Ithuriel compró en seguida, por cuatro cuartos, un lote de ecos dobles diseminados en varios territorios. Andando el tiempo se le presentó oportunidad de hacerse con el mejor eco del mundo: un eco del Oregón, acerca de cuyos méritos se dará usted idea si se digna escucharme con paciencia. Sepa usted, caballero, que en el mercado de ecos, la escala de precios es acumulativa, ó si se quiere mejor, ascendente, como acontece respecto de los carates en los diamantes. En efecto; nosotros nos servimos de los mismos términos. Así, por ejemplo, un eco de un carate no vale más que 10 dollars, sobre el precio del suelo en que se halla; un eco de dos carates ó de dos repeticiones, vale 30 dollars; uno de cinco carates, 950 do-

llars; uno de 10 carates, 13.000 dollars. Bueno; pues el eco del Oregón, llamado por mi tío el Eco de Castelar, en recuerdo del gran orador español, era una piedra preciosa de 22 carates. Le costó. por tanto, la friolera de 216.000 dollars, El terreno lo adquirió por nada, debido á encontrarse á 800 kilómetros del pueblo más próximo.

Hasta entonces, había yo caminado por un sendero de flores. Para colmo de dichas era el adorador predilecto de una hermosa joven, hija única de cierto potentado inglés, Un día llegué á ser el dueño absoluto del corazón de la bella. Me amó con la misma intensidad con que yo la amaba. Cuando la veía antojábaseme estar sumergido en un océano de delicias.

La familia de mi novia no veía con malos ojos aquellos devaneos, sin duda por constarle que yo era único heredero de un tío valorado en 5 millones de duros. Todo marchaba, pues, admirablemente, al parecer. Y digo esto, porque tanto mis suegros in partibus, como la niña y como yo, ignorábamos que mi tío lthuriel practicaba el coleccionismo en grado tan monstruoso.

Por entonces fué cuando comenzaron á amontonarse las nubes sobre mi cabeza inconsciente del peligro.

No sé quién descubrió ese eco sin par, conocido desde aquella época con el nombre de «Gran Koh-i-noor del sonido»; el eco prodigioso de 66 carates, que repite cualquier palabra por larga y enrevesada que sea, durante quince minutos... Creo inútil decirle que el primer aspirante á su propiedad fué Ithuriel.

Teníase ya por dueño de la incomparable montaña de eco permanente, cuando he aquí que surge otro licitador. La propiedad en que radicaba el eco se componía de dos montículos y un valle, enclavados en un paraje desierto y á muchos centenares de kilómetros de Nueva York.

Los dos compradores se personaron en el terreno simultáneamente, ignorando la presencia del
competidor. Por desgracia, el eco no pertenecía á
un solo dueño. La colina de Oriente era propiedad
de un tal Wiliamson Bolivar Tarvis; la opuesta
eminencia formaba parte de los bienes de Harbison
T. Bledro. El valle intermedio servía de límite á
las dos propiedades. Así, mientras mi tío compraba
la colina de Tarvis en 3.235.000 dollars, el otro
adquiría la de Bledro en poco más de 3 millones.

Ya adivinará usted el resultado. La colección de ecos más hermosa de la tierra iba á quedar incompleta para siempre, puesto que sólo le correspondía á mi tío la mitad del rey de los ecos. Ninguno de los dos competidores quería soltar su colina, ni se amoldaba á compartir la propiedad del eco. Hubo pues, disputas, rechinamientos de dientes, odios cordiales... Para terminar: el adversario de mi tío, procediendo con esa mala intención de que sólo es capaz un coleccionista, empezó á derribar su colina.

Lo que él decía: «Desde el momento en que no

UNIVERSIDED DE NUTRO LEUT UNIVERSIDED DE NUTRO REVESTO puedo tener el eco para mi solo, es necesario que nadie lo posea.»

Y aquel hombre sin entrañas empezó su siniestra obra, demoliendo poco á poco el montículo, reflector del sonido. Mi tío creyó morirse de pena. A sus ruegos contestaba el implacable rival: «La mitad del eco es mía. Me place suprimirla. Árréglese usted como pueda para conservar la mitad

que le corresponde.»

El desgraciado Ithuriel acudió á los tribunales; el otro procedió en la misma forma. En suma: que el pleito llegó á ventilarse en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Los informes de los jueces maldito si aclararon el asunto. Dos de los magistrados opinaron que el eco podía considerarse propiedad personal, porque no era visible ni tangible, y que, por consecuencia, podía ser vendido, comprado, y sujeto á contribución. Otros dos jueces pensaron que el eco era cosa inmueble, puesto que evidentemente no podía ser separado del terreno, ni ser transportado á voluntad. Los restantes jueces fueron de parecer que el eco no podía ser objeto de ninguna clase de propiedad.

Con objeto de acabar de una vez, falló el supremo tribunal que el eco era propiedad; que las colinas eran también propiedad; que los dos coleccionistas eran legítimos poseedores, distintos é independientes de ambas colinas; pero que con todo ello, el eco era propiedad indivisa. Por lo cual, uno de los propietarios tenía perfecto derecho á demoler su colina, puesto que le pertenecía, si bien debía pagar una indemnización, calculada sobre la base de 3.000.000 de dollars, para resarcir á la parte contraria de los desperfectos que pudiera sufrir en la mitad de su eco. La sentencia prohibía igualmente à cualquiera de los litigantes hacer uso de la colina opuesta para reflejar el sonido, sin la debida autorización de la parte contraria. En principio, cada propietario sólo debía servirse de su colina propia. Si el semi-eco no satisfacía á los pleiteantes, era ésta una circunstancia que apenaba á los jueces; pero según declaraban en uno de los considerandos, les era imposible remediarla dentro de las inflexibles prescripciones de la ley. Total: la contienda quedó en el mismo estado que antes. Ni mi tío ni su antagonista dieron su brazo á torcer. Y así fué como dejó de hacer oir su voz grandiosa el «Eco de Castelar». La inestimable propiedad no valió desde entonces un puñado de dollars.

Una semana antes de celebrarse mi boda, mientras yo continuaba sumergido en el océano de delicias, y se disponía ya à asistir à la ceremonia la flor de la nobleza británica, llegó la noticia del fallecimiento de mi tío y una copia del testamento en que me instituía su heredero universal. Empañados mis ojos por las lágrimas, fuéme imposible leer el documento. El padre de mi prometida estaba allí para evitarme tan dolorosa prueba... Examinó en brevísimos instantes la vulgar prosa notarial, y luego me dijo en tono severo: «¿Y esto,

amigo mio, es lo que usted llama ser rico? Puede que así lo estimen en su vanidoso país. Sepa usted que por toda herencia tiene hoy una vasta colección de ecos, si se debe llamar colección á un conjunto de cosas repartidas por toda la superficie del continente americano. Y no es esto lo peor, sino que su tío le deja otra hermosa colección de deudas, tantas quizá como ecos; á hipoteca por eco. Lamento lo que sucede; pero crea usted que el amor que profeso á mi hija me impide casarla con un hombre que se encuentra en la situación de usted. Si siquiera fuese usted dueño absoluto de un eco donde poder retirarse con su esposa, y allí á fuerza de perseverancia y de cultivar pacientemente la tierra, hacer valer el terreno y conquistarse una posición, crea usted que no vacilaría en entregarle mi hija. Yo no puedo unir su suerte á la de un mendigo. Tenga usted sus ecos hipotecados y váyase con la música á otra parte.»

Mi adorada Celestina—porque ella llevaba ese dulce nombre—abrazábame nerviosamente y decía que quería ser mi esposa, con ó sin eco.

Aquel padre inexorable cometió la crueldad de separarnos... Celestina murió al poco tiempo, y yo no me he muerto por verdadero milagro....

Véame usted ahora, caballero: sólo, errante, adolorido, implorando á diario de la misericordia del Todopoderoso, que me reuna pronto con Celestina...¡Dios no me oye! Ahora, si tiene usted la amabilidad de echar una ojeada á los mapas y planos

existentes ahí, en el fondo de esa cartera, estoy seguro de que comprará alguno de los ecos que llevo en venta. Los doy por un pedazo de pan. Como usted ve, los realizo en saldo. He aquí uno que costó á mi tío 10 dollars hace 30 años. Yo se lo cedo por...»

—Permitame usted que le interrumpa—dije al singular comerciante.--Hasta ahora los comisionistas han sido mis más tenaces perseguidores. Ellos me han obligado á comprar una máquina de coser; un mapa lleno de errores; un timbre que no suena; venenos para las ratas, que han resultado inofensivos, y, en fin, una multitud de cosas inútiles ó molestas. Ya estoy harto de comisionistas. No quiero ecos, ni aunque me los dé usted regalados. ¡Cualquier día aguanto yo un eco en mi casa, sobre todo en momentos de mal humor! ¿Ve usted ese fusil? Pues bien; no le digo más. Evíteme usted un día de luto. No se empeñe en que sea yo el que le reuna con Celestina....

El original comisionista se limitó á sonreir dulcemente, mirándome con amarga tristeza, y sin darse por entendido, entró en nuevos detalles sobre sus ecos. Conocía su profesión.

Al cabo de una hora de suplicio, transigí. Le compré un par de ecos dobles, en buenas condiciones. Como regalo me entregó un tercer eco, entre nosotros de difícil salida: no hablaba más que alemán... Díjome el comisionista que en un principio se trataba de un eco políglota; pero, según parece, concluyó por perder la bóveda palatina.